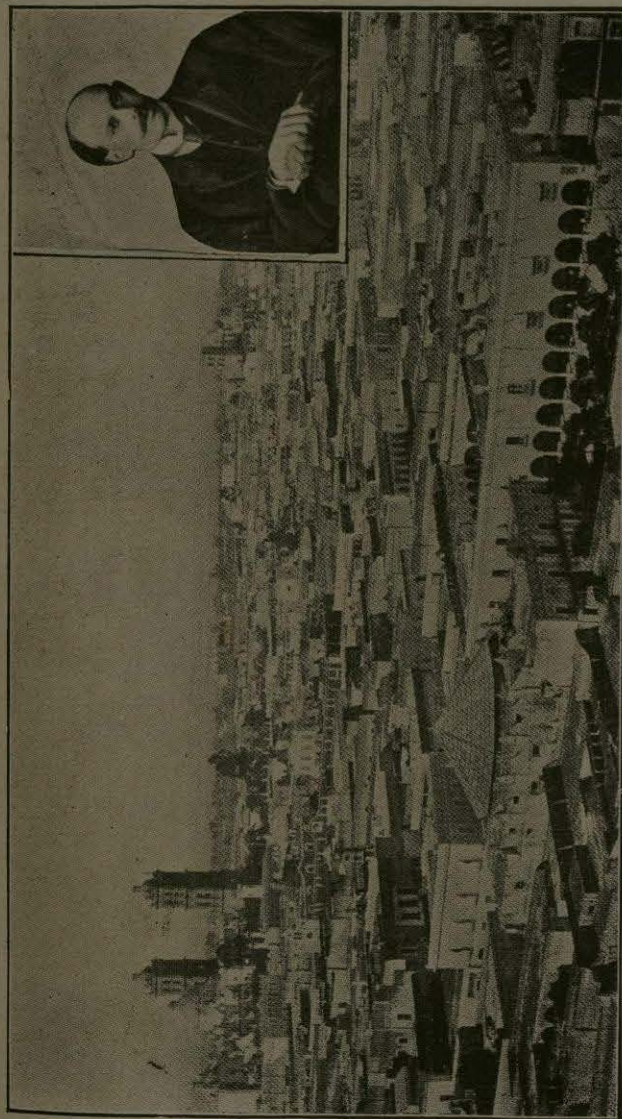


CAPITULO V.

Madero en los Estados Unidos.—Su manifiesto al pueblo americano.
—Sus preparativos bélicos.—Descubrimiento del complot por la
Policía de México.—La primera chispa, el primer mártir y el primer
acto de justicia.

Cumplía un año en el mes de Octubre de 1910, desde que ocurrieran los sangrientos tumultos en la Ciudad de Valladolid, de la península de Yucatán. Aun cuando se dijo entonces que aquel conato de revolución fuera puramente local, la opinión pública desde entonces comprendió que el espíritu de rebelión contra el Gobierno latía en el pueblo y estaba lo suficientemente cargado de electricidad revolucionaria para que saltara la chispa tan pronto un jefe de más ó menos prestigios la provocara. Con efecto, la revuelta de Yucatán en 1909 tenía por origen el descontento de aquellos habitantes con sus autoridades locales y como todas las de la República cometían iguales abusos y extorsiones á los de aquellas, era lógico suponer que el descontento no se reducía al Estado yucateco, sino que se sentía en todo el país.

Nadie, pues, dudaba de que una revolución se imponía, y para nadie tampoco era un secreto que el grupo antirreeleccionista, afecto á don Francisco I. Madero, conspiraba contra el Gobierno. No obstante, esta opinión tan extendida en el pueblo, no traspasaba á la prensa, porque, excepción hecha del "Diario del Hogar," que valientemente dirigía don Filomeno Mata, la mayor parte del tiempo preso por sus es-



El héroe Aquiles Serdán.—Panorama de la Ciudad de Puebla.

critos antirreeleccionistas, los demás periódicos eran todos de la situación, y á diario entonaban himnos al régimen y á su estabilidad incommovible. "El Tiempo," diario católico, distinguido siempre por su buen sentido, seriedad y pocos compromisos con la situación, todavía el 10. de Noviembre publicaba en la revista de la prensa el siguiente párrafo: "El "Diario del Hogar" prosigue hablando de los partidos políticos de principios y personalistas y del antirreeleccionismo. Francamente, ya esas cuestiones son inoportunas. ¿A qué hablar de antirreeleccionismo cuando ya la Cámara de Diputados declaró que no habían sido nulas las elecciones? Más vale que se ocupe la prensa en algo más provechoso que en hablar de política teórica." Y una semana después reprodujo estos conceptos para calificar de inútil el Centro Antirreeleccionista. Este modo de raciocinar se parecería al de los carneros, si los carneros raciocinarian, á las puertas del macelo: "¿A qué balar si ya nuestros verdugos acordaron sacrificarnos y devorarnos?"

Pero si nadie dudaba de que se imponía una revolución y aun de que se estaba tramando, en los círculos políticos y financieros de la capital nadie creía en el triunfo de esa revolución. Lejos aquí de esos carneros y de esos verdugos, nadie se daba cuenta de lo que pasaba en los pueblos rurales, inmenso macelo donde se sacrificaban diariamente las libertades del pueblo. Y tanto no se creía en ese triunfo, que aun en los primeros días de Noviembre, un grupo de personas que debieran estar muy bien enteradas de los asuntos del gobierno, porque manejaban finanzas que tan sensibles son al barómetro político, como los valores públicos y los cambios, confiados en la estabilidad de la situación, levantaban entre ellas una sus-

erición para ayudar á los gastos de los espléndidos festejos que se preparaban en honor de don Porfirio Díaz, con motivo de haber sido otra vez reelecto Presidente de la República.

Tan solo entre los tres grandes Bancos de la capital, la casa Scherer y dos ó tres entidades más, reunieron la bonita suma de 26,000 pesos, que, efectivamente, se gastaron, y algunos más, en adornar el paseo de la Alameda para una kermesse que no llegó á verificarse. Esta postrer adulación de los científicos á su anciano jefe cerró el círculo de vergüenzas en que lo encerraron durante su mando.

Mientras los entusiastas de la situación preparaban fiestas á don Porfirio, el señor Madero acarrea las armas y municiones hacia la frontera para la revolución; mientras en México se derrochaba el dinero público en farolillos eléctricos, arcos florales y costosas instalaciones sobre las fuentes de aquel bellissimo paseo, Madero lo gastaba en acumular elementos para reivindicar por la fuerza las libertades arrebatadas al pueblo.

Don Francisco I. Madero se hallaba entonces en San Antonio Texas, adonde había llegado huyendo de las miserables persecuciones de que era objeto en México, como hemos visto en el capítulo anterior, y desde allí preparaba los hilos de la inmensa tela en la que había de enredarse la situación porfirista. Empezó por lanzar un extenso manifiesto al pueblo americano, explicando su situación y el objetivo que perseguía, y poniendo los puntos sobre las ies al describir la verdadera situación política de su país. Esta hábil medida le proporcionó desde el primer momento la simpatía toda de los yanquis con cuyo apoyo moral contó siempre como veremos más adelante.

Cuando tuvo armas y municiones en número suficiente, ocultas en la frontera algunas y otras introducidas ya en territorio mexicano, y con seguridades de sus partidarios en diferentes Estados para secundar el movimiento, señaló la fecha del 20 de Noviembre para un alzamiento simultáneo en la República, á fin de desconcertar al gobierno en el primer instante, y obligarle á regar por tan inmenso país, sus escasos ejércitos. Hecho esto se dispuso á penetrar á México, para dirigir personalmente las operaciones en el Estado de Chihuahua, región que de antemano escogiera como centro de la revolución, á fin de conquistar pronto alguna porción de la frontera americana, para introducir fácilmente los contrabandos de guerra. Pero el regreso á México del leader revolucionario, encerraba para él gravísimos peligros: bien cierto podía estar de que si era reconocido y capturado no hallaría piedad en el gobierno y correría la trágica suerte de Capmany, Albert, Hernández Alva, Rodríguez, Ituarte, Portilla, Cueto, Rubalcaba y Caro, García y otros, fusilados por Mier y Terán en Veracruz el año 79, á virtud de una orden telegráfica que para ello le envió el General Díaz. “¡Mátalos en caliente!” dicen que decía esa orden. Por este episodio puede juzgarse lo que le esperaba á Madero si caía en manos del terrible autócrata.

No obstante, no vaciló, y dando una prueba más del valor individual que le adorna, como la dió siempre, de valor cívico, se dirigió á la frontera que cruzó por un lugar llamado Guerrero, de Coahuila, próximo al Ferrocarril Internacional, y el mismo día señalado para el alzamiento, su jefe se hallaba ya entre los suyos.

Mientras tanto, ocurrió en México el primer con-

tratiempo á la naciente revolución. La policía de la capital había descubierto cuatro días antes gran parte del complot tramado. Los señores Abel Serrato y Francisco Cosío Robelo, verificaron con poca cautela importantes compras de fusiles y parque en las armerías de la ciudad y alguna de ellas dió el soplo á la autoridad, que sorprendió todavía en las oficinas del Express los bultos de armas declarados como implementos de agricultura. De pesquisa en pesquisa se llegó á conocer á algunos de los comprometidos en el complot y fueron detenidos en México el mencionado Cosío Robelo, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, Luis G. de León y algunos otros. El señor Serrato fué detenido en Orizaba, á donde fuera, no sólo huyendo, sino para entregar allí las armas compradas en malhora. Sobrevinieron los cateos y la policía pudo hacerse con documentos, en realidad poco importantes, pero que el gobierno, al comunicarlos á la prensa, los abultó, desfiguró y ridiculizó para desprestigiar el movimiento iniciado. "El País," que el día 6 había sido el primero en conmover al pueblo con la sensacional noticia del linchamiento del mexicano Rodríguez en Rock Spring, fué también el primero en dar la del complot descubierto, transmitiendo, claro está, las noticias tal como al Gobierno le convenía transmitir las. Se dijo que el famoso bandido Santanón, tristemente célebre en el Estado de Veracruz, no fuera muerto en un encuentro con rurales, como se había asegurado, y que estaba afiliado á la revolución, habiendo obtenido del señor Madero el nombramiento de jefe militar para una zona; grosera calumnia que nadie tragó. Se dijo también que de los papeles encontrados, resultaba tramado un plan para atacar la capital, incendiar edificios públicos y privados, asesinar á distin-

guidos personajes del partido científico y arrancarles la lengua (!!!). Al propagar estas mentiras de un modo semi-oficial, se demostraba poco sentido político y una depravada moral pública. En los planes de Madero nunca entró causar trastornos en la ciudad de Méjico, que de nada habían de servir á su causa. El tiempo lo demostró así, pues en todo el lapso que duró la revolución, reinó la tranquilidad más completa en la capital y todos los negocios, aunque se resintieron en la cuantía é importancia, no se interrumpieron ni un solo día.

Pero el Gobierno que entretenía al pueblo con esas necesidades sabía bien (al cabo se enteró) cuáles eran los verdaderos planes de Madero y no ignoraba que el punto de la República donde era inminente el alzamiento, estaba situado en la frontera del Norte y especialmente en los Estados de Chihuahua y Coahuila. Con gran sigilo, al principio, comenzó el envío para allá de tropas y armamento, que en verdad llegarían tarde para sofocar el incendio, como así sucedió.

La policía y el Gobierno no fueron enteramente sorprendidos cuando se descubrió la compra de armas en la capital; algo se barruntaban ya de lo proyectado, como lo demuestra el hecho de que el día 14 había ordenado el cateo en Puebla de la casa habitación del señor Rousset, quien efectivamente estaba afiliado al maderismo pero nada tenía en su domicilio que pudiera comprometerle. Sin embargo, fueron detenidos los tres hermanos Rafael, Antonio y Benito Rousset y sujetos á un proceso. Aquel cateo lo llevó á cabo Miguel Cabrera, Jefe de la Policía de Puebla, el nefando actor y autor del drama de Arnulfo Arroyo, y cometió en las habitaciones del señor Rousset todo género de atropellos y abusos, como

solía hacerlo en cuanta comisión análoga se le encargaba. Aquel hombre odioso, de tan criminales antecedentes, que recordaba el más grande escándalo policiaco, cometido en México (1) durante la pasa-

(1) El drama de Arnulfo Arroyo ocurrió en 1897 el 16 de Septiembre. Al cruzar el Presidente Díaz por la Avenida Juárez, un hombre de la clase media llamado Arnulfo Arroyo, beodo consuetudinario, uno de esos vagos que no se les ve más que en los establecimientos de bebidas, atravesó la valla que formaban los cadetes del Colegio Militar y acercándose á don Porfirio Díaz por la espalda, le dió un golpe en la cabeza, con el puño cerrado, haciendo que se cayese al suelo el sombrero apuntado de gran uniforme que vestía el general; pero sin producir en éste lesión alguna. Fué detenido inmediatamente y encerrado en la Inspección General de Policía. Aqueila misma tarde, el Juez que debía procesarlo, reclamó el detenido, pero el Inspector General, señor Velázquez se negó á entregarlo pretextando que se corría peligro de que fuera linchado por el pueblo al atravesar la Plaza de la Constitución llena á la sazón de gente que celebraba las fiestas patrias. Quedó el reo en la Inspección aquella noche y como á las 11 de la misma el Inspector Velázquez ordenó á Cabrera, Villavicencio y dos agentes que asesinaran á Arroyo, lo que verificaron encerrándole en un saco y cosiéndolo á puñaladas. Enseguida se procedió á detener á los transeúntes que cruzaban por delante de las puertas del Palacio donde está la Inspección. Se detuvieron veinte y tantas personas de diferentes condiciones sociales, y al siguiente día, dieron el parte á la Superioridad asegurando que en la noche anterior, un grupo de pueblo había asaltado las oficinas y linchado al reo Arnulfo Arroyo. El gobierno no creyó tan burda farsa; mandó poner en libertad á los detenidos y procesó á los policías mencionados. Mientras se instrufa la causa, el Inspector Velázquez se suicidó con un tiro de pistola, cuya arma, aún hoy se ignora cómo penetró á la prisión. Los demás delincuentes fueron juzgados y condenados á muerte; pero no se llevó á efecto la sentencia. En las declaraciones que prestaron confesaron su delito y dieron una asombrosa disculpa: lo habían asesinado para demostrar su indignación por el atentado y su amor á don Porfirio. Se formaron muchas leyendas al rededor de este suceso. Se dijo que Arroyo fuera asesinado para que no declarase quién le había encargado de matar (con el puño!!) al General Díaz. Un testigo presencial de la agresión nos la relató en los siguientes términos: "Nos hallábamos un grupo de amigos á la puerta de una cantina contemplando el desfile de la lujosa comitiva y entre nosotros estaba Arnulfo Arroyo. Hablábamos de que en estas solemnes cere-

da administración, había estado condenado á muerte por sus delitos, en unión de sus cómplices, por el tribunal del pueblo, pero ni á él ni á los otros se les ejecutó, antes bien, se les rehabilitó y se les confiaron importantes empleos ¡en la policía!

Cabrera era odiado en Puebla, tanto como en México, por su historia y por su carácter soez y feroz. En una ocasión penetró sin autorización judicial, en una casa de la calle de Santa Clara, donde vivía la familia Serdán, con el pretexto de hacer un registro, sin más motivos para ello que saber que el señor Serdán se había afiliado al partido antirreeleccionista. En aquella ocasión fué también tan reprochable su proceder que una hermana del señor Serdán se lo echó en cara con toda energía. Cabrera, sin respetar el sexo, arrojó por los suelos, de un empujón, á la señora, profiriendo al mismo tiempo groseros insultos. ¡Y á esta clase de hombres estaba encomendada la dirección de la policía en la segunda ciudad de la República!

Cuatro días después del registro de la casa de Rousset, ó sea el 18 de Noviembre, á las ocho de la mañana, se presentó de nuevo Cabrera en la casa de Serdán, para verificar un cateo, esta vez, cumpliendo órdenes recibidas de México.

Nadie, ni él mismo, hubiera podido sospechar la tragedia que iba á ocurrir.

Llegó Cabrera á la casa, acompañado de un buen número de polizontes y dejando algunos afuera para

monias es cuando corren peligro los jefes de Estado, porque suelen aprovecharlas los anarquistas para cometer sus crímenes. Uno recordó el asesinato de Carnot, en Lion y lo describió con minuciosos detalles. Arroyo, ya bastante borracho, escuchaba la relación y de pronto, se separó de nosotros y corrió á cometer el atentado." Por esta relación se ve que el móvil del crimen fué simplemente el alcohol.

vigilancia, penetró con el resto en el zaguán y cerró la puerta por dentro. Al dirigirse al patio, una fuerte voz desde arriba, le gritó: "¡Deténgase y retirese, estamos armados y nos defenderemos á tiros!" Era Aquiles Serdán, que harto de las tropelías de aquel hombre, estaba dispuesto á vender cara su vida antes que sufrir una vejación más.

La respuesta de Cabrera fué ordenar á su gente que rompiera el fuego contra las puertas y ventanas y contra la cornisa de la azotea que miraba al patio. Y entonces comenzó una verdadera batalla.

Al poco rato de cruzarse disparos, cayó Cabrera atravesado por las balas del fusil de Serdán y en seguida el Mayor del Batallón de Zapadores del Estado, señor Fragoso, herido en el vientre. Siguió el tiroteo, pero la policía se batió en retirada para la calle. Pedido auxilio violentamente, llegaron á la calle Santa Clara el General Valle, Jefe de las Armas en Puebla, con alguna tropa, y casi todo el Batallón de Zaragoza, al mando del señor Coronel Gaudencio de la Llave. La calle estaba llena de tropa que disparaba sus armas contra los balcones y azoteas de la casa de Serdán, de donde le contestaban con brío; pero los disparos de los que defendían la finca, á la fuerza habían de hacer todos blanco en aquella masa compacta que ocupaba la vía pública, mientras que las balas de las tropas se estrellaban en los muros, y en la cornisa de la azotea. Se dijo que de la casa habían arrojado dos ó tres pequeñas bombas de dinamita que causaron tremendos destrozos.

Cuando ya eran muchos los cadáveres y heridos que regaban el suelo, el Coronel Gaudencio de la Llave, con fuerzas del Batallón Zaragoza, penetró valientemente en la finca y pudo hacer cesar el tremendo combate, después de matar á Máximo Serdán,

hermano de Aquiles, procediendo á detener á los supervivientes que resultaron ser todos... mujeres. Aquiles había desaparecido.

Fueron capturadas y llevadas á la cárcel las Señoras Josefa Alatríste, viuda de Serdán, madre de Aquiles y Máximo; Carmen Serdán, viuda de Sevilla, que resultó herida de poca consideración, y Filomena del Valle, esposa de Aquiles Serdán.

Se dijo entonces que en la casa de Serdán había unos cien insurrectos que fueron los que sostuvieron el combate, pero tal especie nunca se comprobó, pues no tenían por donde haber huído y no se encontraron sus cadáveres. Además: si hubieran podido huir, lo hubiera hecho también Aquiles Serdán, que como vamos á ver, tuvo que esconderse en la casa.

El combate había durado toda la mañana y al cesar fueron retiradas las tropas, quedando de guardia en la finca cierto número de soldados y policías, quienes hicieron un minucioso registro, buscando á Serdán sin resultado. Hallaron tres ó cuatro fusiles nada más. (Por lo visto, los cien revolucionarios habían huído con todo y armas). Se encontraron también algunos documentos relativos al plan maderista y entre ellos el nombramiento de Aquiles Serdán para Jefe de las Armas en Puebla, firmado por Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República.

Mientras tanto, en la calle se recogieron los muertos y heridos: pasaban de sesenta. El mismo Coronel de la Llave sufrió una herida que por fortuna no fué mortal. Se alzó el cadáver de Cabrera y se acudió en socorro del Mayor Fragoso, que se hallaba, como hemos dicho, herido en el vientre y encerrado en el cuarto de baño.

¿Qué se había hecho Aquiles Serdán? Su desaparición intrigó á los soldados y gendarmes que no po-

dían creer que hubiera huído por los aires como un gorrión.

Aquiles estaba oculto en un pequeño sótano, donde apenas cabía un cuerpo humano y sujeto á una postura molestísima. Aquel lugar se disimuló colocando encima una alfombra y sobre ésta un ropero, operación que verificaron aquellas heroicas mujeres, las cuales conservaron su valor y serenidad en tan trágica escena.

Catorce horas mortales estuvo el infeliz Serdán encerrado en aquella especie de tumba, sufriendo las ansias de la asfixia y los dolores físicos y mortales propios de la crítica situación de su cuerpo y su espíritu. Por fin, en las altas horas de la noche, no pudiendo resistir más tiempo aquel horrendo martirio y convencido de que los guardianes de la casa no pensaban abandonarla, se decidió á salir vivo de aquel sepulcro para morir fuera de él. Apartó la alfombra y asomó cautelosamente la cabeza y parte del busto, é inmediatamente debió convencerse de que estaba perdido, porque á muy pocos pasos del sitio que ocupaba había tres policías que le vieron y le sintieron. Uno de ellos disparó su pistola sobre Serdán, errando el tiro, y entonces, este en voz baja exclamó: "No me maten, soy Serdán." Acaso tuvo la esperanza de que los agentes se contentaran con hacerlo prisionero, pero se equivocó. Tres revólvers se dispararon simultáneamente sobre él y cayó acribillado de heridas. ¡Injusticias humanas! Cabrera, el infame, el criminal, recibe una muerte honrosa en duelo, cara á cara, con el heroe, y el heroe, cae asesinado é indefenso como los delincuentes ajusticiados!

Estas dos víctimas son simbólicas en la revolución maderista. La primera es la Justicia que vuelve á imperar; la segunda es el mártir redentor que debe

sellar con su sangre la reivindicación de las libertades públicas.

Aquiles Serdán estuvo dotado de grandes virtudes cívicas y acaso una muerte prematura privó á la patria de un ciudadano honrado y benefactor. Tenía apenas treinta y cuatro años á la hora de su muerte. Desde muy joven comprendió que pesaba sobre el pueblo mexicano una atroz dictadura y se propuso ser de los que luchasen por redimirle.

Perteneía á una honrada familia poblana de la clase media. Sus primeros estudios los hizo en el Colegio Anglo-franco-mexicano de la ciudad de Puebla y los terminó en el que dirigía don Antonio G. Galván. Careciendo de bienes de fortuna para poder seguir una carrera profesional vióse obligado á ocupar modestos empleos en el comercio, siendo uno de ellos el que tuvo en el escritorio del Molino de Enmedio, de donde salió para dedicarse al comercio por cuenta propia y en pequeña escala.

Obtuvo algunos éxitos y consiguió una posición económica relativamente desahogada.

Cuando la Convención del Tívoli del Elíseo, vino á México Serdán para asistir á ella y afiliado desde un principio al partido antirreeleccionista fundó y presidió en Puebla un club político con el programa de dicho partido.

Por estas ideas y trabajos políticos, sufrió infinitas molestias, atropellos y vejaciones de las autoridades poblanas presididas por el déspota General Mucio P. Martínez, Gobernador del Estado.

Ya hemos visto como estas persecuciones fueron tan inícuas que hasta lograron irritar y soliviantar el dulce carácter femenino de su esposa y su hermana, convirtiéndolas en heroínas el día tremendo de la tragedia.

Cuando ocurrió esta, Serdán estaba encargado por Madero para secundar el movimiento revolucionario en Puebla, pero con su muerte hizo mucho más que cumpliendo el encargo, porque la sangre de los mártires asegura el triunfo de las ideas.

Un club político de la capital lleva el nombre glorioso de Aquiles Serdán, pero creemos que muy pronto se hará algo más para inmortalizarle, levantándole un monumento.

CAPITULO VI.

Estalla la revolución.—Prisioneros al por mayor.—Fusilamientos y tormentos.—Los primeros caudillos y sus primeros triunfos.—Cerro Prieto y Mal Paso.

El mismo día en que ocurrió el trágico suceso de la calle Santa Clara, de Puebla, se supo que Madero había conseguido distribuir en el Ejército Federal, un patriótico manifiesto invitándole á secundar los planes de la revolución. No tuvo efectos inmediatos de importancia en el sentido de la deserción ó del pronunciamiento, pero produjo gran desasosiego en las esferas oficiales y recargó las labores del Ministerio de la Guerra, donde quisieran disponer de los ojos de Argos y del oído de las liebres para vigilar mejor á todos los oficiales. Llegó á tanto la desconfianza en este sentido que se trasladaron oficiales de un cuerpo militar á otro, se les retiró el mando á algunos jefes sospechosos, se cambió de residencia á tal ó cual batallón y se extremó la disciplina en las fuerzas federales y en las de los Estados, llegándose á procesar al Mayor del Batallón de Zapadores de Puebla, señor Fregoso, por **no haber sido muerto** por Serdán, y sí tan sólo herido. Para el Gobierno resultaba sospechoso que hubiera aquél respetado su vida, cuando el hecho era muy fácil de explicar. Serdán no era hombre de bajos sentimientos y por lo tanto era incapaz de rematar á un herido. Además: contra Fregoso

no existía el odio que se tenía á Cabrera. Pero ya los dedos se le antojaban huéspedes al Gobierno y por todas partes veía defecciones y traidores.

Las persecuciones contra todos los sospechosos de complicidad con Madero empezaron con gran actividad y ensañamiento. En Puebla continuaron las detenciones, entre otras, la de la señorita Aurca San Martín, sin cargo alguno serio contra ella. En Juchipila (Zacatecas) se hicieron 21 aprehensiones, en Orizaba, sesenta y dos; en Cuautla, Yauhtepec, Jojutla, etc., los cateos y las detenciones fueron infumerables; y á todos los detenidos se les conducía á la capital, llenándose en pocos días de presos la penitenciaría, la cárcel de Belén y otros edificios públicos. Los vecinos de estos edificios decían que en la alta noche se escuchaban horribles lamentos, gritos é imprecaciones como de personas sujetas á dolorosos tormentos; aseguraban haber oído descargas de fusilería acompasadas y metódicas como de ejecuciones de reos. Estos son nada más que rumores, pero la verdad es que hoy que han sido puestos en libertad todos los presos, no sería fácil comprobar si el número de ellos iguala al de detenidos.

Mientras tanto, había llegado el temido día del alzamiento general, el 20 de Noviembre, fecha indicada por Madero para que todos tomasen las armas contra los gobiernos constituídos en la capital y en los Estados. Efectivamente, en muchos lugares, se cumplió la orden. En la fábrica de Río Blanco, próxima á Orizaba, un grupo de obreros sostuvo un combate con los rurales; pero fué deshecho muy pronto; este movimiento fuera preparado por un licenciado de Jalisco, señor Vivanco y el vecino de Orizaba, señor Gavira, quienes huyeron y no fueron aprehendidos; pero sí lo fué la familia de este último, la seño-

ra y dos pequeños hijos, que se transportaron á México y se les castigó cruelmente, como si fueran responsables de las ideas políticas del jefe de ella. La señora fué encerrada en Belén y los niños en las escuelas correccionales.

El movimiento estalló también el mismo día en muchos puntos de la República; pero no se tuvo conocimiento de ello en la capital hasta mucho después porque desde el primer momento el Gobierno ejerció una inexorable censura en las noticias.

En Tlaxcala se formó una junta revolucionaria; con su correspondiente manifiesto, que dió lugar á un serio motín; en Etzatlán, del Estado de Jalisco, se levantó en armas una numerosa partida, y hechos análogos se registraron en seis ó siete Estados de la República, especialmente en los de Coahuila y Chihuahua, donde el movimiento era dirigido personalmente por el jefe de la revolución.

Sin embargo, la rebelión no fué al principio tan simultánea y general como sus directores hubieran deseado. Muchas poblaciones aún temieron al león herido y esperaron las noticias de los primeros triunfos de Madero, que, tan pronto fueron recibidas, echaron al campo en grandes masas á todos los que vacilaban.

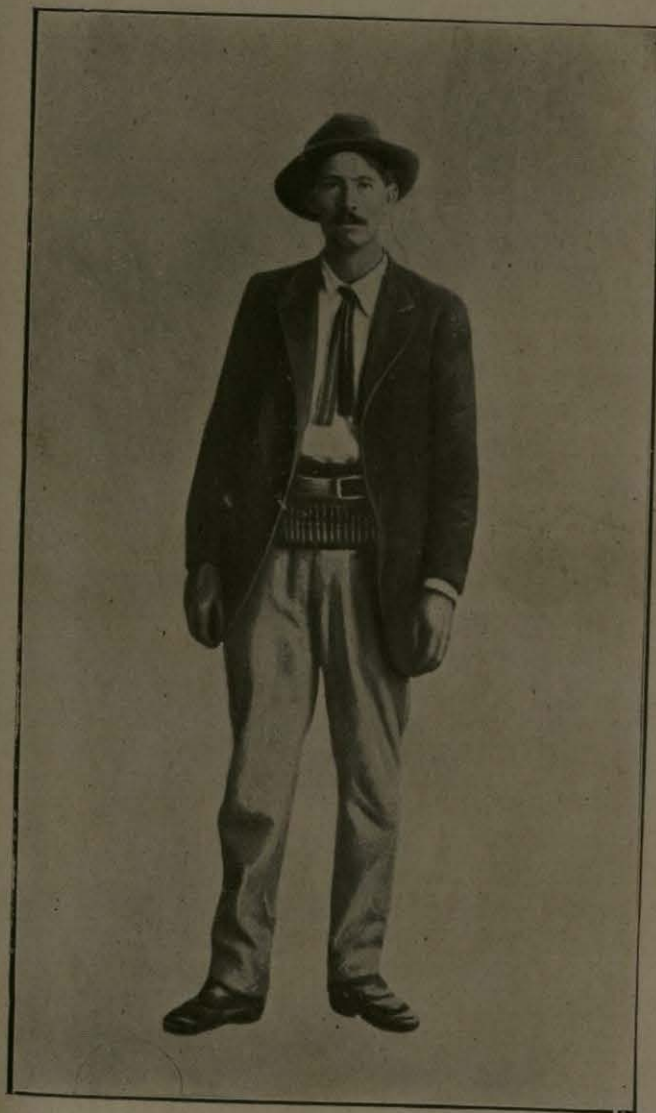
Al día siguiente del estallido revolucionario ocurrió en Méjico un hecho poco importante en sí mismo, pero muy significativo: una numerosa escolta de soldados del 110. Regimiento de Caballería que salió á las afueras á forrajear... no regresó al cuartel. Esto era alarmante para el Gobierno y quiso ocultarlo cuidadosamente dando peregrinas explicaciones del hecho; pero ya no se dudó de que el manifiesto de Madero al Ejército había abierto brecha en sus filas.

Entonces se estableció una nueva inquisición en los cuarteles y en las oficinas públicas: los empleados

del telégrafo estaban vigilados por gendarmes que les seguían cuando iban á sus casas á comer ó dormir; en las oficinas de los distintos ministerios se emplearon individuos para espiar secretamente y escuchar las conversaciones de los oficinistas; agentes de la secreta pululaban en los teatros, en los cafés, en los cinematógrafos y más establecimientos públicos, para sorprender á los simpatizadores de Madero y arrastrarlos á las cárceles, por una simple conversaci6n que calificaban de subversiva.

Entró el gobierno en una serie de medidas, tan pueriles y tan ridículas, que muy pronto dejó ver con ellas que sentía un pánico atroz y no se creía suficientemente fuerte para dominar la situaci6n.

Ese pánico estaba muy justificado por los sucesos de Chihuahua y Coahuila. El día 26 de Noviembre, una fuerte partida de revolucionarios pretendió tomar á Ciudad Guerrero, importante poblaci6n del primero de aquellos Estados. No lo consiguió, pero tomó á San Andrés, punto intermedio entre Chihuahua y Ciudad Guerrero, y allí se hizo fuerte. Al día siguiente se sostuvo el primer encuentro serio entre revolucionarios y fuerzas federales, en un lugar llamado Fresno, á poco más de cuatro leguas de aquella capital. Las tropas del Gobierno estaban al mando del General Navarro y comprendían fuerzas de las tres armas en número de quinientas plazas. Los insurrectos eran tan sólo cuatrocientos, pero estaban en posesi6n de una pequeña altura, de donde no le fué fácil al general Navarro desalojarlos. Sin embargo, al cabo de varias horas de lucha, fueron derrotados y huyeron sin desorden. Aquel primer combate sirvió para demostrar á los federales que no sería cosa sencilla disolver las *bandas* y *gavillas* de ladrones, como las calificaban "El Imparcial" y "El Diario," porque



General revolucionario D. Pascual Orozco.

además de hallarse bien armadas y pertrechadas, se notaba en ellas un sorprendente grado de organización y disciplina con el que no se había contado.

Las fuerzas derrotadas por Navarro se rehicieron bien pronto y dos días después, se hallaban otra vez á las puertas casi de Chihuahua, donde se había encerrado aquel jefe. El mismo día otra partida de rebeldes, tomaba posesión del poblado de Chuisear, á ocho leguas de aquella ciudad.

Al Sureste de esta región, en la frontera de los Estados de Coahuila y Durango, tenían lugar al mismo tiempo, operaciones revolucionarias no menos importantes. El cabecilla Guillermo Baca, con cuatrocientos hombres, atacó á Hidalgo del Parral y sostuvo allí un sangriento combate en el que fué rechazado, dirigiéndose entonces sobre Gómez Palacio, ciudad próxima á la de Torreón, logrando entrar á ella. Depuso á las autoridades y nombró otras provisionalmente, saqueó algunas oficinas públicas y tomó dinero de algunos particulares, dándoles el correspondiente resguardo para reembolsarles el día del triunfo. Se sostuvo en aquella población unos cuantos días hasta que atacado por fuerzas superiores, procedentes de Torreón, al mando del Coronel Zúñiga, tuvo que evacuar la plaza.

Estos encuentros fueron lo suficientemente serios y reñidos para que el Gobierno acabase de convencerse de que no tenía al frente motines y tumultos aislados, como los que en el año anterior habían ocurrido por aquellos rumbos, en Las Vacas, San Andrés y Viesca, sino una verdadera revolución, generalizada y de organización completa. También sirvieron para afianzarle en su creencia de que el principal teatro de la guerra sería el Norte de la República, y especialmente el Estado de Chihuahua, por lo que conti-

nuó enviando á toda prisa refuerzos á aquel punto. Pero en contraposición con estas impresiones y medidas, transmitía á la prensa noticias optimistas, prohibiéndole terminantemente que publicase las referentes á varias derrotas que en distintos puntos sufrieran ya las fuerzas federales. Y tanto optimismo respiraban los periódicos, que aseguraban el término de la revuelta, y decían que la revolución había muerto al nacer.

A tanta ilusión no se sustrajo ni el embajador de los Estados Unidos en Méjico, Mr. Wilson, quien telegrafaba á su gobierno, el día 28 de Noviembre, manifestándole hallarse todo tranquilo y haber terminado el movimiento revolucionario. Tenemos razones especiales para creer que en la Casa Blanca se habrán reído de la candidez de su representante, pues allí eran conocidos perfectamente los planes todos de Madero y los elementos con que contaba y que hacían creer en el triunfo.

En esta situación crítica para todos, terminó Noviembre y llegó el día 10. de Diciembre, fecha memorable para el General Díaz, porque en ella tenía que protestar ante el Congreso, por octava vez, **desempeñar bien y fielmente** el cargo de Presidente de la República.

Se obligó á los empleados de varios ministerios á concurrir á la ceremonia para que abundase la **claque**, pero con todo y eso, resultó en extremo fría. El ambiente era otro; aquella adoración y aquella popularidad del general de otros tiempos habían desaparecido. Apenas algunos aplausos de ciertos diputados, y de otras gentes asalariadas por el régimen, resonaron en el Palacio de Minería, donde se verificaba la ceremonia, en el momento de la protesta; y en menor número aún se escucharon cuando le tocó su

turno al señor Ramón Corral, para protestar por segunda vez el cargo de Vicepresidente.

Regresó la comitiva presidencial á Palacio cruzando las calles, casi desiertas y en silencio; más parecía que regresaba de un entierro que de un acto tan solemne como el de jurar el cargo de las primeras magistraturas de la Nación. Y mientras don Porfirio y Corral asumían de nuevo la autoridad suprema, por las puertas de la **bastilla** de Belén, penetraba una cuerda de reos políticos que acababa de llegar del lejano Estado de Campeche.

La situación en el Norte se agravaba por momentos. El mes de Diciembre comenzaba con tremendas noticias para el Gobierno. Las columnas volantes de sus ejércitos eran batidas por los insurrectos y tenían que replegarse al amparo de las poblaciones importantes. El gobernador de Chihuahua, quería renunciar, avergonzado de su posición desairada, pues tenía sus dominios invadidos por dos ejércitos beligerantes y de ninguno era él jefe. ¿Para qué servía la Constitución del Estado? ¿Qué significaba la palabra autonomía? En su territorio se hacía una tremenda guerra y á él para nada se le consultaba. El señor José María Sánchez, desempeñaba el cargo de Gobernador de Chihuahua, con el carácter de interino; el propietario lo era el señor Enrique C. Creel, que ocupaba la cartera de Relaciones, y creía el señor Sánchez, en su inocente candor, que la revolución en su Estado no tenía más fin que derrocar aquel gobierno local. Y él buen hombre se hacía un lío consultando las leyes constitucionales. El debía defender su gobierno contra una revolución interna, con las propias fuerzas del Estado; las de la Federación no podían penetrar allí sino á su llamada de auxilio; y sin embargo, penetraban y operaban, prescindiendo

de su personalidad oficial en absoluto. Cuando se convenció de que aquello del Estado Libre y Soberano de Chihuahua, era pura fraseología de unas leyes que el centralismo de don Porfirio despreciaba, prefirió retirarse y dimitir su cargo, lo que verificó el día 5 de Diciembre.

Entró á sustituirle, siempre con el carácter de interino, don Alberto Terrazas, hijo del millonario general del mismo apellido, que fué mucho tiempo Gobernador de aquel Estado, dejando pésimos recuerdos de su administración. Ni el padre ni el hijo gozan por aquella región de simpatía alguna, por lo que se preguntará el lector quién había nombrado al hijo para sustituir al señor Sánchez. Claro está que no fué el pueblo sino la Legislatura, lo que no es lo mismo, aunque debiera serlo. El quita y pon de gobernadores era dirigido por don Porfirio, que disponía de los Congresos locales como disponía del Congreso Federal. Y así asumió el gobierno de Chihuahua el señor Terrazas, recrudeciéndose la revolución en el Estado como era de esperarse.

Si antes les era fácil á los jefes maderistas aumentar sus partidas con nuevos voluntarios, ahora el incremento diario era portentoso. Pueblo hubo, como Santa Isabel, donde al entrar las tropas federales no encontraron más población que la de mujeres y niños: todos los varones habían salido al campo á engrosar las filas de los sediciosos. De este modo se sintieron los maderistas bastante fuertes ya para acometer empresas más serias que las verificadas hasta entonces, y las acometieron con éxito como vamos á ver enseguida.

Al finalizar el mes anterior había tenido lugar un combate en Pedernales, pequeño pueblo del distrito de Guerrero, cuyos resultados fueron importantísi-

mos para la causa de Madero. El día 28 una partida de 150 soldados federales, destacados de Chihuahua para perseguir á los sediciosos, se dirigieron á Pedernales, pero hallaron al enemigo, en número poco mayor, emboscado en un cañón á la entrada del pueblo. Sufriendo un fuego horroroso y bajo una lluvia de balas, el jefe de aquella fuerza, capitán Sánchez Pazos, por órdenes superiores hizo penetrar á parte de su gente en las calles de la población; maniobra heroica pero muy imprudente, pues muy pronto se vió acometido en el mismo pueblo y cortada la retirada. Aquellos valientes oficiales no quisieron rendirse y prefirieron morir; perdieron la vida el señor Sánchez Pazos y la mayor parte de sus compañeros, salvándose tan sólo cincuenta soldados, que huyeron por las montañas sin oficial alguno que los dirigiese en tan desastrosa retirada, y vagaron muchos días por la sierra, ocultándose frecuentemente para no caer en manos de los sediciosos que se hallaban en el tránsito; hasta que pudieron alcanzar, por fin, la villa de Horcasitas, á donde llegaron en miserable estado. Más desastroso fin tuvo aún una pequeña columna que había quedado al mando del teniente coronel Yépez, compuesta de 140 soldados del 12o. Batallón. Casi todos, con su jefe, quedaron tendidos en el campo, á la entrada de aquellos terribles desfiladeros que aún han de ser más fatales todavía para las tropas del gobierno, y que con justicia llevan el gráfico nombre de Mal Paso.

Las hordas de salteadores (como la prensa de México las llamaba al dar cuenta de estos hechos de armas) tuvieron desde entonces plena confianza de su fuerza y valor; perdieron el respeto, por decirlo así, á las balas federales, y se convirtieron de pronto en tropas regulares; hubo momentos en el combate de

Pedernales en los que se peleó cuerpo á cuerpo, á la bayoneta, y esto demuestra un principio de organización militar. Pero el interés de esta victoria está en que con ella quedaron los revolucionarios dueños absolutos del ramal de ferrocarril que va de Chihuahua á Miñaca. Esta conquista empezó en la estación Fresno, con un combate que ya hemos mencionado y continuó con la toma de Santa Isabel, San Andrés y otros pueblos que están sobre la vía ó próximos á ella. Y estas posiciones los hacían dueños de toda la región sudoeste del Estado.

Con estos brillantes triunfos, los jefes de la revolución que por allí operaban, decidieron apoderarse de Ciudad Guerrero, importante población y lugar muy estratégico para centro de operaciones. Al efecto, se dirigieron á ella el día cuatro de Diciembre y la hallaron débilmente defendida por el Jefe Político Urbano Zea, con una escasa fuerza de rurales y algunos paisanos voluntarios. Después de una ligera escaramuza en las calles, el señor Zea se vió obligado á encerrarse en el Cuartel de rurales, donde se hizo fuerte, hasta la noche, rindiéndose entonces bajo la condición de respetar su vida.

Pero el gobierno no podía resignarse á ver casi una mitad del Estado de Chihuahua en poder de las fuerzas maderistas, y tanto para recobrar de ellas las poblaciones como para disipar la impresión moral que sus triunfos habían causado en el país, envió á Chihuahua gran número de tropas al mando de generales y coroneles para que hicieran una ruda campaña contra los insurrectos al Oeste de aquella ciudad.

El general don Juan J. Navarro, que se hallaba en Chihuahua, fué el primero que quiso vengar las derrotas de sus compañeros. Destacó al teniente coronel Martínez, con cien números de tropa á recobrar

á San Andrés, lo que consiguió fácilmente, y él con tropas de las tres armas continuó al Oeste rumbo á Ciudad Guerrero. El prudente general buscaba los llanos y pasajes abiertos pára conducir sus tropas al abrigo de las emboseadas, pero á mitad de su camino, forzosamente tenía que atravesar el fatídico cañón de Mal Paso. Mucho antes de este lugar, en el rancho Trevieso se encontró con una gruesa avanzada de insurrectos dominando una altura: hizo jugar su artillería y los obligó á abandonar esa posición y retirarse á otra análoga en el rancho Choreque, que á la vez abandonaron para hacerse fuertes en Cerro Prieto. Estos encuentros le costaron á Navarro dos oficiales muertos y dos heridos y gran número de bajas en el 20o. Batallón y en el 13o. Regimiento. Navarro, convencido de no poder atravesar el fatal cañón, se corrió á Pedernales á esperar refuerzos. Se dijo entonces que la autoridad de este pueblo, sin autorización del general Navarro, hizo fusilar á 30 individuos sospechosos de sedición; pero autorizada ó no, esta bárbara ejecución de indefensos, perjudicó, como era natural, á la causa del gobierno.

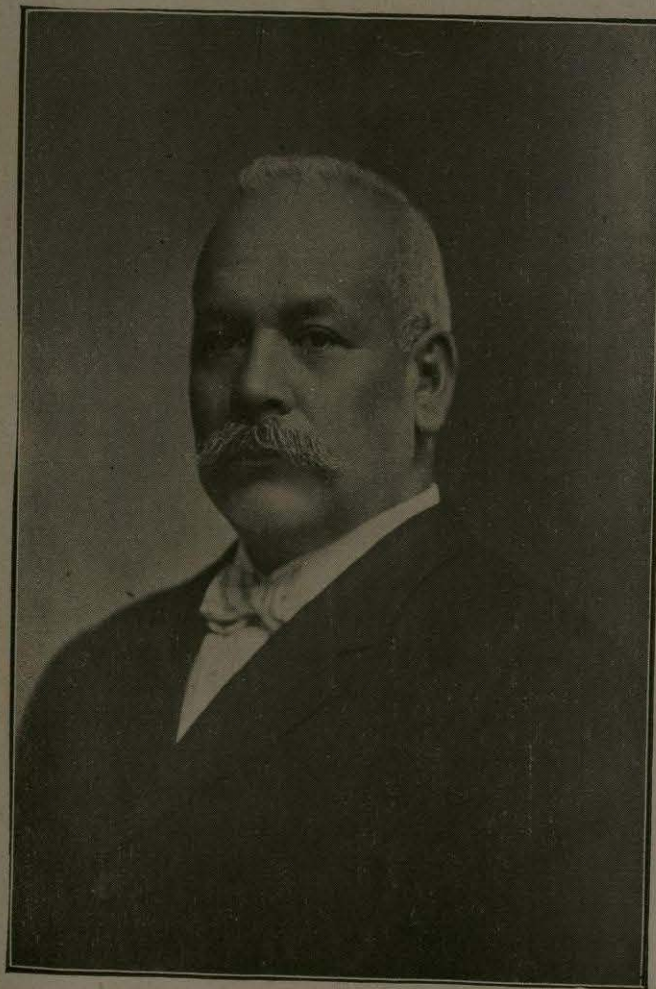
Los refuerzos pedidos por Navarro salieron de Chihuahua aprovechando en lo posible el ferrocarril de Miñaca. El general envió á alcanzarlos al coronel Trucy Aubert, con 475 hombres para proteger su avance, pero fueron derrotados en un encuentro. Por fin llegó el coronel Guzmán con numerosas fuerzas pero no á Pedernales, sino al rancho de Bustillos, donde estableció su campamento. Se acordó un plan muy razonable. rodear el famoso cañón de Mal Paso y embotellar en él á los revolucionarios. Pero el coronel Guzmán quiso practicar un reconocimiento en el peligroso desfiladero, ó acaso ambicionó la gloria de cruzarlo, y eso lo perdió y perdió á todos los federa-

les. Avanzó denodadamente á la cabeza de la columna, y apenas había penetrado en lo más angosto del cañón, nutridas descargas de los insurrectos, hechas de uno y otro lado de las barrancas, le causó numerosas bajas en su gente. El mismo cayó gravemente herido en un muslo y los soldados que quisieron levantarlo del suelo, cayeron á su vez heridos ó muertos á su lado. Allí fueron también mortalmente lesionados el teniente coronel Vallejo y el capitán primero señor José C. Gallegos. Los tres fallecieron algunos días después, en Chihuahua, á consecuencia de sus heridas.

El coronel Guzmán ordenó la retirada, que se hizo relativamente en buen orden, pero sin poder recoger del suelo ni los muertos ni los heridos, y se dirigieron á su campamento de Bustillos, de donde Guzmán, Vallejo y Gallegos fueron trasladados á Chihuahua para morir, quedando al frente del campamento el Mayor Vito Alessio Robles, que también se hallaba lastimado aunque levemente.

Viéronse de este modo, las tropas del general Navarro, aisladas de las que había conducido el desgraciado Coronel Guzmán, y ya no pensaron, ni remotamente, en cruzar el fatídico desfiladero; procuraron nada más que rennirse; pero eso resultó también muy difícil y hubo que esperar nuevos refuerzos.

El gobierno, cuando recibió tan tremendas nuevas, se quedó estupefacto y aterrorizado. Hallábase entonces preocupado con una cuestión baladí, que no encerraba interés político alguno y sí una miserable venganza impropia de tan altas personalidades. Desde los primeros días de Diciembre gestionaba en los Estados Unidos la extradición del señor Sánchez Azcona, acusado calumniosamente de estafa. Este señor, notable periodista, había fundado y dirigido en la



Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, Secretario de Instrucción Pública.

capital el diario "México Nuevo," cuyo programa antirreeleccionista le hizo blanco de todos los furoros y de toda la saña del Partido Científico (1). Cuando las persecuciones llegaron al colmo, el señor Sánchez Azcona se vió obligado á huir á los Estados Unidos, y allí se puso decididamente al lado del Sr. Madero en sus planes revolucionarios, á los que prestó siempre con gran desinterés su actividad y su inteligencia. Fué detenido en Washington á pedido de la Cancillería mexicana, pero muy pronto se le puso en libertad negándosele á México su extradición. Sufrió el gobierno esta bien merecida **plancha**, poniéndose una vez más en ridículo ante la opinión; y era el segundo desaire que recibía de nuestros vecinos del Norte, pues ya en anterior ocasión había pretendido de ellos una cosa parecida respecto del señor Madero.

Hemos dicho que había quedado aterrizado con las noticias de Chihuahua, pero reponiéndose de la sorpresa, creyó que aún tenían remedio los desastres enviando al teatro de la guerra nuevas fuerzas militares y un prestigiado jefe que sustituyese al señor coronel Guzmán. Fué designado para ello el coronel don Samuel García Cuéllar, jefe que era del Estado Mayor del señor Presidente, quien salió para Chihuahua el 22 de Diciembre, con el mencionado fin. Cuando llegó al campo de las operaciones halló en crítica situación á los federales. El general Navarro hallábase como sitiado y ni él se podía reunir con las fuerzas del campamento de Bustillos, ni unas ni otras podían retroceder. Los dejaremos por ahora hasta ver quién fué el héroe de estos famosos combates por parte de los revolucionarios.

Un poco más allá y alrededor de la estación Sán-

(1) Véase el cap. III de esta obra.

chez, del Ferrocarril de Kansas City Mexico y Oriente, ó sea la línea que corre de Chihuahua hacia Topolobampo, muy pocas personas conocerían á un modesto comisionista que se había establecido allí cuando llegó á aquel punto la vía férrea. Ese comisionista, entonces desconocido y hoy popularísimo, se llama Pascual Orozco, y él fué el héroe de Mal Paso, porque fué quien concibió el plan de sorprender á los federales en aquel punto, y quien dirigió el combate de tan funestos resultados para aquéllos.

Cuando las revoluciones en los pueblos no obedecen á las ambiciones personales de un caudillo, y son hijas exclusivamente del ambiente social, es decir, cuando son verdaderamente populares, su más característico fenómeno es la aparición súbita de genios, en el orden militar, político ú oratorio. Sin apelar á los múltiples ejemplos que nos ofrece la Historia antigua y moderna de todas las naciones que existieron ó existen en el mundo, nos bastaría acudir al espejo que nos ofrece la guerra de la Independencia. Desde Hidalgo hasta Morelos y Guerrero, aparecieron entonces insignes militares que ni habían estudiado táctica ni se hubieran creído nunca predestinados para guerreros. Este es el caso de Pascual Orozco y otros jefes de la revolución maderista, de que tendremos ocasión de ocuparnos más adelante.

Orozco simpatizó desde el primer momento con las ideas de Madero y cuando se puso al habla con él, en su viaje de propaganda por aquellos rumbos, le ofreció su brazo y su vida incondicionalmente. No lo olvidó Madero y oportunamente le dió instrucciones para la proclamación del Plan de San Luis y el alzamiento en armas contra el gobierno. Orozco abandonó desde aquel día sus habituales ocupaciones y se dedicó con febril actividad á reclutar gente y armarla

y municionarla. Cuando empezó á operar en el distrito de Guerrero no tardó en dar pruebas de sus condiciones de jefe militar, condiciones que él mismo ignoraba poseer.

Orozco es valiente, prudente y generoso; de una estricta moralidad, nunca ha consentido que las fuerzas mandadas por él cometiesen desmanes con los vecinos pacíficos de los poblados á donde penetraban y aún infligió castigos por este concepto, entre algunos de sus subordinados.

Las hazañas de Orozco no terminaron en Pedernales, Mal Paso y Cerro Prieto, y en el trascurso de este libro lo volveremos á encontrar en acciones notables, triunfando casi siempre de los federales, y haciendo popular su nombre en toda la República, con sus hechos heroicos.

Antes de terminar este capítulo debemos decir lo que pasaba en otros lugares del Estado de Chihuahua y en toda la región septentrional del país. En el extremo oriental de la frontera de Chihuahua con los Estados Unidos, la ciudad de Ojinaga, situada á orillas del Conchos, en su desembocadura al Bravo, era teatro de diarios encuentros entre las fuerzas maderistas al mando de don Abraham González y las tropas del coronel Dorantes. Durante todo el mes de Diciembre se repitieron los combates, tan pronto contra las puertas de la ciudad como en lugares próximos á ella, siendo el mas notable el que se libró en el Rancho de Vanegas, que duró varios días, con muchas bajas de una y otra parte, pero sin resultado definitivo para ninguna.

La ciudad de Ojinaga lleva el nombre del general don Manuel Ojinaga, que se hizo notar hace muchos años en la guerra que en aquellos lugares sostuvo contra los indios apaches que los infestaban. Se ha-

lla, como hemos dicho, á orillas de los ríos Conchos y Bravo. Al otro lado del segundo está la población Presidio, que pertenece á los Estados Unidos, y esta circunstancia hacía muy difícil el sitio de la ciudad, como ocurrió después en las de Agua Prieta y Ciudad Juárez. No solo se dificultaba el sitio sino también el ataque de estas plazas, porque según la dirección en que se disparaban las armas, podían caer las balas, (y en muchas ocasiones cayeron) sobre suelo extranjero, dando lugar á peligrosas reclamaciones de los americanos. En previsión de estos conflictos, tenía Madero ordenado á las fuerzas que operaban sobre la frontera, cuidasen mucho de evitarlos.

La plaza estaba bien fortificada y artillada, y merced á todas estas condiciones, el Coronel Alberto Dorantes se sostenía bien en ella, no obstante los heróicos esfuerzos de Abraham González y su compañero Perfecto Lomelí.

Más al Oeste, se encuentra Ciudad Juárez, cabecera Norte de la gran vía férrea del Central, á orillas asimismo del Bravo, teniendo á su frente la ciudad americana El Paso, con la que está unida por un puente. No sufría un asedio tan de cerca esta plaza como la de Ojinaga; pero en su interior reinaba gran inquietud porque las partidas revolucionarias se acercaban á ella cada vez más.

En el Estado de Sonora comenzaba también el movimiento armado de protesta con alarmante actividad, y se notaba ya que el objetivo de los cabecillas era la Aduana de Agua Prieta, otro punto fronterizo de mucha importancia. Estos amagos sobre la frontera respondían al habilísimo plan de Madero para hacerse con puntos á propósito para la introducción de armas y pertrechos.

Al terminar el mes de Diciembre se calculaban las

fuerzas federales, entre cuerpos de ejército y partidas de rurales y otros elementos armados de los Estados, en doce mil hombres repartidos en la región norte de la República. En las páginas que siguen veremos cómo ese considerable contingente de soldados, se consume, se evapora, hasta quedar reducido á núcleos insignificantes ocupando los puntos más estratégicos del teatro de la guerra.